

"Milagro" que se Desvanece

- ★ Imperativo, Civilizar al Neoliberalismo Económico
- ★ El Fracaso del Sistema no se Limita Sólo a Chiapas
- ★ Frenado, el Sueño Transexenal de la Tecnoocracia

LORENZO MEYER

Se está desvaneciendo el milagro político neoliberal mexicano; ese que supuso la posibilidad de efectuar un cambio económico de fondo sin modificar realmente las viejas prácticas autoritarias del poder, es decir, sin tener que pagar el costo político. Hoy, ese costo tiene que ser pagado, pero en las actuales circunstancias existe la posibilidad de que el cobro incluya a muchos que están más allá del pequeño círculo del poder.

Es urgente volver a centrar la atención menos en los Pinos y en los estrechos círculos de las élites, y más en el lado opuesto: en Chiapas, y en las otras Chiapas que están diseminadas por todo el país, pues es en ese ámbito donde se está decidiendo ya el carácter y la suerte del México del siglo XXI.

Por su discurso y su actitud a lo largo de cinco años y un mes, es posible suponer que el grupo

SIGUE EN LA PAGINA VEINTIDOS

Sigue de la primera plana

compacto del salinismo actuó bajo el supuesto de que el costo político del cambio económico que impuso al país sería nulo o se podría diferir hasta más allá del 2000. Quienes así pensaron y actuaron, parecían tener buenas razones, ya que, después de todo, la rebelión de las urnas de 1988 finalmente había quedado en la nada, o casi. En efecto, para 1991, y gracias a una mezcla inteligente de alquimia electoral, audacia, renegociación de las alianzas en la cúpula más un uso adecuado de los mecanismos e inercias de un sistema autoritario bien arraigado, el salinismo había conseguido, desde el poder mismo, la legitimidad electoral que se le había escapado el 6 de julio de 1988. En efecto, en 1991, las cifras electorales oficiales dieron al PRI 61.4% de los votos; "el bache del 88" había quedado atrás, o al menos así lo creyeron quienes organizaron el proceso del 91.

Para ese momento, la imagen interna y, sobre todo, externa, de Carlos Salinas y su grupo, difícilmente podía ser mejor: un reformador neoliberal apoyado no sólo por el gran capital nacional e internacional, sino también por la mayoría ciudadana. Tras la aprobación del Tratado de Libre Comercio (TLC) por parte del Congreso estadounidense a fines de 1993, la imagen presidencial creció aún más, hasta alcanzar una de sus cumbres históricas en este siglo. La designación de Donaldo Colosio como sucesor y continuador de Carlos Salinas a fines de noviembre de 1993, no fue, realmente, problema para una Presidencia en aparente control de casi todas las variables macropolíticas del sistema.

Hasta el fin de 1993, parecía bien fundada la predicción de quienes augura-

ban una espectacular conclusión de sexenio: una economía alentada por la recuperación estadounidense y por grandes flujos de capital externo, una marginalidad creciente pero políticamente controlada por Pronasol, Procampo et al.:

y como consecuencia de todo ello, un nuevo triunfo priísta en agosto de 1994: el 120. ininterrumpido desde 1930, ¡todo un récord mundial! La visión que José Ángel Gurría presentó a un grupo de inversionistas japoneses era la de un nue-

vo triunfo del PRI o su equivalente no sólo en 1994, sino en el año 2000. Al optimismo desbordado no lo contenía siquiera el hecho de que, en el entorno internacional, los partidos de Estado como el PRI parecían ser cada vez menos bien vistos. Quizá por ello, se admitía, casi como una promesa, que paulatinamente el PRI iría modificando su naturaleza, y cada vez dependería menos del erario y más del "mercado" (recuérdese al respecto, la cena de 25 grandes empresarios en casa de Antonio Ortiz Mena, y cuya finalidad era recabar 625 millones de dólares para el PRI). Así, con el correr del tiempo, se supuso, el contraste entre el sistema político mexicano y el de sus dos socios norteros en el TLC, disminuiría. La idea —el ideal— era que en el futuro, en el Congreso, en los gobiernos estatales y en los municipales, la oposición tuviera un espacio mayor "—lo que resiste apoya"—, pero sin desplazar al PRI del mando —ni de los beneficios— de la nave gubernamental. Si el Reich alemán de los mil años había sido un imposible, el PRI mexicano de los cien años no lo era.

Hoy, el estupendo proyecto —¿sueño?— político transexenal de la joven tecnocracia priista, no marcha. La naturaleza de la actual coyuntura política muestra dos escollos con los que han chocado el PRI y el milagro neoliberal. Uno es la división de la élite misma, el otro es el resquebrajamiento de su base social. Las divisiones y debilidades estructurales de la cúpula del poder político y económico ha acaparado la atención de la opinión pública en los últimos tiempos, pero finalmente el problema de fondo —el verdadero costo político de no haber reformado a tiempo el viejo sistema autoritario— está menos en las relaciones y conflictos de los personajes de arriba, y más en la impaciencia, insatisfacción y movilización creciente de los de abajo, de los que forman la base de la pirámide del poder.

Para ver de cerca, para

ponerle nombre al problema político de la base que ya no acepta con resignación franciscana su situación de mero espectador mientras un puñado de familias acumulan bienes por valor de mil, tres mil o cinco mil millones de dólares, no hay como retornar a Chiapas.

Para el visitante ocasional, Chiapas muestra hoy una cierta normalidad dentro de su "estado de guerra". En efecto, los caminos de turismo —no tantos como antes del 10. de enero, pero suficientes como para notarlos— apenas si se detienen en los retenes militares, pero el hecho realmente significativo es que los retenes sigan ahí. La visita a San Juan Chamula se puede hacer sin ninguna dificultad, pero la política ilegal de expulsión de los miembros disidentes, se mantiene e incluso ha aumentado. En el mercado de Ocosingo, el ambiente de compra-venta parece similar al de cualquier ciudad pequeña enclavada en una zona campesina e indígena, pero las marcas que dejaron las balas o el incendio recientes siguen ahí, lo mismo en el mercado que en la presidencia municipal, y la discreta presencia militar dentro de la ciudad, sirven para recordar que debajo de la rutina están vivos los problemas que llevaron a la guerra de los diez días en enero —donde hubo mucho más muertos que los admitidos, según opiniones muy difundidas en la sociedad civil chiapaneca.

El Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) se mantiene en sus zonas ocupadas y su moral es la de una organización triunfadora, como se puso de manifiesto en la celebración en la Selva Lacandona del 75 aniversario del asesinato de Zapata. Sin embargo, o quizá por ello, la respuesta del EZLN a los ofrecimientos hechos por el gobierno tarda en venir y con ello se pospone la normalización de la vida en la región. La tardanza se debe, se dice, a la suspensión de la consulta a las bases tras la tensión que generó el asesi-

nato de Colosio primero y el enfrentamiento entre ganaderos e indígenas, después. También se explica por lo complicado del proceso mismo, que implica no sólo traducir a las lenguas locales un texto difícil, sino que la respuesta de cada comunidad indígena tiene que ser por unanimidad, y a esa unanimidad sólo se puede llegar por la vía de prolongadas discusiones internas. Entre tanto, el panorama se complica.

En la sociedad no indígena chiapaneca, se manifiestan ya profundas divisiones, como quedó de manifiesto, por ejemplo, con la organización de los "auténticos coletes" de San Cristóbal, y la consecuente reacción de quienes simpatizan con la causa del EZLN. No es ahora algo raro que alguien reciba anónimos, como es el caso de un catequista —Ricardo Castellanos— que recibió uno donde se le acusa de ser partidario del obispo Samuel Ruiz y se le exige que abandone esa posición so pena de perder la vida. Por otro lado, siguen las ocupaciones de predios agrícolas y ganaderos por una masa campesina increíblemente pobre y en constante expansión demográfica. En cualquier momento esas ocupaciones pueden desembocar en violencia, como efectivamente ocurrió hace unos días —el 8 de abril— en el ejido Venustiano Carranza, municipio de Altamirano.

La normalidad real no puede volver a Chiapas mientras las armas estén en el centro del debate, pero el desarme zapatista no promete ser una empresa fácil. Las armas le han dado a la comunidad indígena —históricamente humillada y explotada— un poder de negociación, una capacidad para hacerse oír, que ninguna otra forma de organización política les permitió antes. Es aquí donde se ve, de manera concreta, el costo político de no haber cambiado a tiempo, el fracaso del sistema político tradicional —PRI, autoridades municipales, CNC, gobernador, etc.— y la necesidad ur-

gente de llevar a cabo una reforma política tan profunda o más que la económica. Sólo una representatividad no amañada como la hasta ahora existente, sólo un poder judicial que no vea en los pobres una presa sino un objeto de justicia, pueden hacer perder a las armas zapatistas su atractivo y eficacia. Ese es el papel de la reforma política pospuesta por tanto tiempo.

Para concluir, el fracaso del sistema político mexicano —autoritarismo presidencial, corporativo, centralista y de partido del Estado— no se limita a Chiapas. La ausencia de canales institucionales legítimos y efectivos para la presentación de las demandas y la defensa de los intereses y dignidad de quienes están hasta abajo de la pirámide social, es un mal general. En Los Altos de Chiapas ese mal condujo a la formación del EZLN, en otras partes del país la respuesta antisistémica puede adquirir otra forma. Es indispensable adelantarse a los acontecimientos, es imperativo que el neoliberalismo económico se civilice y se legitime con un auténtico liberalismo político, donde haya división de poderes, sistema de partidos sin dados cargados en favor de uno, elecciones creíbles como la fuente insustituible de legitimidad, burocracia responsable a la que se le pueda pedir cuenta de sus actos, sistema de justicia que no sea como el actual, cuya caracterización sigue correspondiendo perfectamente a la que de él hizo José Clemente Orozco en sus murales: justicia prostituida.

En fin, es hora de pagar la cuenta política pendiente, y entre más se tarde peor para los que regatean, pero sobre todo para los demás, pues en este barco político mexicano que amenaza con hundirse, todos somos pasajeros.